

Como quien lucha y se afana,
Y oprime algo bajo el pie;

Se oye luego triste aúllo,
Y horrisonante murmullo,
Semejante al del novillo
Cuando el filoso cuchillo
Lo degüella sin piedad:
Y por la herida resuella,
Y aliento y vivir por ella,
Sangre hirviendo á borbollones,
En horribles convulsiones,
Lanza con velocidad.

Silencio. Ya el paso leve
Por entre la hierba mueve,
Como quien busca y no atina,
Y temeroso camina
De ser visto ó tropezar,
Una mujer. En la diestra
Un puñal sangriento muestra;
Sus largos cabellos flotan
Desgreñados, y denotan
De su ánimo el batallar.

Allá va. Toda es oídos;
Sobre salvajes dormidos
Va pasando..... escucha..... mira.....
Se para..... apenas respira,
Y vuelve de nuevo á andar.
Allá marcha, y sus miradas
Vagan en torno azoradas,
Cual si creyesen ilusas
En las tinieblas confusas,
Mil espectros divisar

Allá va, y aún de su sombra
Como el criminal se asombra.....
Alza, inclina la cabeza;

Pero en un cráneo tropieza
Y queda al punto mortal.
Un cuerpo gruñe y resuella,
Y se revuelve; mas ella
Cobra espíritu y coraje,
Y en el pecho del salvaje
Clava el agudo puñal.

El indio dormido expira:
Y ella veloz se retira
De allí, y anda con más tino,
Arrostrando del destino
La rigurosa crueldad.
Un instinto poderoso,
Un afecto generoso
La impele y guía segura,
Como luz de estrella pura,
Por aquella obscuridad.

Su corazón de alegría
Palpita. Lo que quería,
Lo que buscaba con ansia
Su amorosa vigilancia
Encontró gozosa al fin.
Allí, allí está su universo,
De su alma el espejo terso,
Su amor, esperanza y vida;
Allí contempla embebida
Su terrestre serafín.

—Brián—dice,—mi Brián querido,
Busca durmiendo el olvido;
Quizá ni soñando espera
Que yo entre esta gente fiera
Le venga á favorecer.
Lleno de heridas, cautivo,
No abate su ánimo altivo
La desgracia, y satisfecho

Descansa, como en su lecho,
Sin esperar ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,
Para hacerle más amargo
De la muerte el pensamiento,
Deleitarse en su tormento,
Y más su rencor cebar
Prolongando su agonía,
La vida suya, que es mía,
Guardaron, cuando triunfantes
Hasta los tiernos infantes,
Osaron despedazar,

Arrancándolos del seno
De sus madres. ¡Día lleno
De execración y amargura,
En que murió mi ventura,
Tu memoria me da horror!—
Así dijo, y ya no siente,
Ni llora, porque la fuente
Del sentimiento fecunda,
Que el femenino pecho inunda,
Consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza
En su corazón alianza
Han hecho, y sólo una idea
Tiene fija, y saborea
Su ardiente imaginación.
Absorta el alma, en delirio
Lleno de gozo y martirio
Queda, hasta que al fin estalla
Como volcán, y se explaya
La lava del corazón.

Allí está su amante herido,
Mirando al cielo, y ceñido
El cuerpo con duros lazos,

Abiertos en cruz los brazos,
Ligados manos y pies.
Cautivo está, pero duerme;
Inmóvil, sin fuerza, inerme
Yace su brazo invencible:
De la Pampa el león terrible
Presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía
Esperando con el día
Horrible muerte, está el hombre
Cuya fama, cuyo nombre
Era, al bárbaro traidor,
Más temible que el zumbido
Del hierro ó plomo encendido;
Más aciago y espantoso
Que el Valichu rencoroso
Á quien acata su error.

Allí está. Silenciosa ella,
Como tímida doncella
Besa su entreabierto boca;
Cual si dudara le toca
Por ver si respira aún.
Entonces las ataduras
Que sus carnes roen duras
Corta, corta velozmente
Con su puñal obediente,
Teñido en sangre común.

Brián despierta. Su alma fuerte,
Conforme ya con su suerte,
No se conturba, ni azora;
Poco á poco se incorpora,
Mira sereno, y cree ver
Un asesino: echan fuego
Sus ojos de ira; más luego
Se siente libre y se calma,

Y dice:—¿Eres algún alma
Que pueda y deba querer?

¿Eres espíritu errante,
Ángel bueno, ó vacilante
Parto de mi fantasía?
—¡Brián, mi Brián! Soy tu María.
¿No me ves? Tu amada soy.
Y mientras cobra pujanza,
Ebria la feroz venganza
De los bárbaros, segura,
En aquesta noche oscura
Velando á tu lado estoy.

Nada tema tu congoja.—
Y enajenada se arroja
De su querido en los brazos,
Le da mil besos y abrazos,
Repitiendo:—¡Brián, mi Brián!—
La alma heroica del guerrero
Siente el gozo lisonjero
Por sus miembros doloridos
Correr, y que sus sentidos
Libres de ilusión están.

Y en labios de su querida
Apura aliento de vida,
Y la estrecha cariñoso
Y en éxtasis amoroso
Ambos respiran así;
Más, súbito él la separa,
Como si en su alma brotara
Horrible idea, y la dice:
—María, soy infelice,
Ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza
Habrà ajado la pureza
De tu honor, y mancillado

Tu cuerpo santificado
Por mi cariño y tu amor.
Ya no me es dado quererte.—
Ella le responde:—Advierte
Que en este acero está escrito
Mi pureza y mi delito,
Mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento,
Y saltará de contento
Tu corazón orgulloso;
Díomele amor poderoso,
Díomele para matar
Al salvaje que insolente
Ultrajar mi honor intente;
Para, á un tiempo, de mi padre,
De nuestro hijo y mi madre,
La injusta muerte vengar.

Y tu vida, más preciosa
Que la luz del sol hermosa,
Sacar de las fieras manos
De estos tigres inhumanos,
Ó contigo perecer.
Loncoy, el cacique altivo,
Cuya saña al atractivo
Se rindió de estos mis ojos,
Y quiso entre sus despojos
De Brián la querida ver,

Después de haber mutilado
Á nuestro hijo, anegado
En su sangre yace impura;
Sueño infernal su alma apura:
Dióle muerte este puñal.
Levanta, mi Brián, levanta;
Sigue, sigue mi ágil planta;
Huyamos de ésta guarida

Donde la turba se anida
Más inhumana y fatal.

—¿Pero á dónde, á dónde iremos?
¿Por fortuna encontraremos
En la Pampa algún asilo
Donde nuestro amor tranquilo
Logre burlar su furor?
¿Podremos, sin ser sentidos,
Escapar, y desvalidos,
Caminar á pie, jadeando,
Con el hambre y sed luchando,
El cansancio y el dolor?

—Sí; el anchuroso desierto
Más de un abrigo encubierto
Ofrece; y la densa niebla
Que el cielo y la tierra puebla,
Nuestra fuga ocultará.
Brián, cuando aparezca el día,
Palpitantes de alegría,
Lejos de aquí ya estaremos,
Y el alimento hallaremos
Que el cielo al infeliz da.

—Tú podrás, querida amiga,
Hacer frente á la fatiga;
Mas yo, llagado y herido,
Débil, exangüe, abatido,
¿Cómo podré resistir?
Huye tú, mujer sublime,
Y del oprobio redime
Tu vivir predestinado;
Deja á Brián infortunado,
Solo, en tormentos morir.

—No, no, tú vendrás conmigo,
Ó pereceré contigo.
De la amada patria nuestra

Escudo fuerte es tu diestra,
¿Y qué vale una mujer?
Huyamos, tú de la muerte,
Yo de la oprobiosa suerte
De los esclavos; propicio
El cielo este beneficio
Nos ha querido ofrecer.

No insensatos lo perdamos.
Huyamos, mi Brián, huyamos;
Que en el áspero camino
Mi brazo y poder divino
Te servirán de sostén.
—Tu valor me infunde fuerza,
Y de la fortuna adversa,
Amor, gloria ó agonía
Participar con María
Yo quiero; huyamos, ven, ven.—

Dice Brián, y se levanta.
El dolor traba su planta,
Mas devora el sufrimiento;
Y ambos caminan á tienta
Por aquella obscuridad.
Tristes van, de cuando en cuando
La vista al cielo llevando,
Que da esperanza al que gime.
¿Qué busca su alma sublime?
La muerte ó la libertad.

—Y en esta noche sombría
¿Quién nos servirá de guía?
—Brián, ¿no ves allá una estrella
Que entre dos nubes centella
Cual benigno astro de amor?
Pues esa, es por Dios enviada
Como la nube encarnada
Que vió Israel prodigiosa;

Sigamos la senda hermosa
Que nos muestra su fulgor;

Ella del triste desierto
Nos llevará á feliz puerto.—
Allá van. Solas, perdidas
Huyen dos almas queridas,
Que amor en la tierra unió;
Y en la misma forma de antes,
Andan por la noche errantes,
Con la memoria hechicera
Del bien que en su primavera
La desdicha les robó.

Allá van. Vasto, profundo
Como el páramo del mundo
Misterioso es el que pisan;
Mil fantasmas se divisan;
Mil formás vanas allí,
Que la sangre joven hielan:
Mas ellos vivir anhelan.
Brián desmaya caminando,
Y al cielo otra vez mirando
Dice á su querida así:

—Mira: ¿no ves? La luz bella
De nuestra polar estrella
De nuevo se ha obscurecido,
Y el cielo más denegrido
Nos anuncia algo fatal.
—Cuando contrario el destino
Nos cierre, Brián, el camino,
Antes de volver á manos,
De esos indios inhumanos,
Nos queda algo: ¡este puñal!—

CUARTA PARTE.

La alborada.

Todo estaba silencioso.
La brisa de la mañana
Recién la hierba lozana
Acariciaba y la flor,
Y en el oriente nubloso
La luz apenas rayando,
Iba el campo matizando
De claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido;
Ni del pájaro se oía
La variada melodía,
Música que al alba da;
Y sólo, al ronco bufido
De algún potro que se azora,
Mezclaba su voz sonora
El agorero yajá.

En el campo de la holganza,
Sola techumbre del cielo,
Libre, ajena de recelo
Dormía la tribu infiel;
Más la terrible venganza
De su constante enemigo
Alerta estaba, y castigo
Le preparaba cruel.

Súbito al trote asomaron
Sobre la extendida loma
Dos jinetes, como asoma
El astuto cazador;
Y al pie de ella divisaron
La chusma quieta y dormida,

Y volviendo atrás la brida
Fueron á dar el clamor

De alarma al campo cristiano.
Pronto en brutos altaneros
Un escuadrón de lanceros
Trotando allí se acercó,
Con acero y lanza en mano;
Y en hileras dividido,
Al indio no apercebido
En doble muro encerró.

Entonces el grito «¡Cristiano, cristiano!»
Resuena en el llanto.
«¡Cristiano!» repite confuso clamor.
La turba que duerme despierta turbada,
Clamando azorada:
«¡Cristiano nos cerca, cristiano traidor!»

Niños y mujeres, llenos de conflicto
Levantán el grito;
Sus almas conturba la tribulación;
Los unos pasmados, al peligro horrendo,
Los otros huyendo,
Corren, gritan, llevan miedo y confusión.

Quién salta al caballo que encontró primero,
Quién toma el acero,
Quién corre su potro querido á buscar;
Mas ya la llanura cruzan desbandadas
Yeguas y manadas,
Que el cauto enemigo las hizo espantar.

En trance tan duro los carga el cristiano,
Blandiendo en su mano
La terrible lanza que no da cuartel.
Los indios más bravos luchando resisten:
Cual fieras embisten.
El brazo difunde matanza cruel.

El sol aparece: las armas agudas
Relucen desnudas:
Horrible la muerte se muestra doquier.
En lomos del bruto, la fuerza y coraje
Crece del salvaje;
Sin su apoyo, inerme se deja vencer.

Pie en tierra poniendo, la fácil victoria,
Que no le da gloria,
Prosigue el cristiano lleno de rencor.
Caen luego caciques, soberbios caudillos;
Los fieros cuchillos
Degüellan, degüellan sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,
Gemir del que implora,
Puesto de rodillas, en vano piedad.....
Todo se confunde: del plomo el silbido,
Del hierro el crujido,
Que ciego no acata ni sexo ni edad.

Horrible, horrible matanza
Hizo el cristiano aquel día;
Ni hembra, ni varón, ni cría
De aquella tribu quedó.
La inexorable venganza
Siguió el paso á la perfidia,
Y en fácil y breve lidia
Su cerviz al hierro dió.

Vióse la yerba teñida
De sangre, hediondo y sembrado
De cadáveres el prado
Donde resonó el festín.
Y del sueño de la vida
Al de la muerte pasaron
Los que poco antes se holgaron
Sin temer aciago fin.

Las cautivas derramaban
Lágrimas de regocijo;
Una al esposo, otra al hijo
Debió allí la libertad;
Pero ellos tristes estaban,
Porque ni vivo ni muerto
Halló á Brián, en el desierto,
Su valor y su lealtad.

QUINTA PARTE.

El Pajonal (1).

Así, huyendo á la ventura,
Ambos á pie divagaron
Por la lóbrega llanura,
Y al salir la luz del día
Á corto trecho se hallaron
De un inmenso pajonal.
Brián, debilitado, herido,
Á la fatiga rendido,
La planta apenas movía;
Su angustia era sin igual.

Pero un angel, su querida,
Siempre á su lado velaba,
Y el espíritu y la vida,
Que su alma heroica anidaba
La infundía, al parecer,
Con miradas cariñosas,
Voces del alma profundas
Que debieran ser eternas;
Y aquellas palabras tiernas
Ó armonías misteriosas,
Que sólo manan fecundas
Del labio de la mujer.

(1) Pajonal: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos, y algunos, á la distancia, aparecen en la planicie como bosques: son los *oasis* de la Pampa.

Temerosos del salvaje
Acogiéronse al abrigo
De aquel pajonal amigo,
Para de nuevo su viaje
Por la noche continuar;
Descansar allí un momento,
Y refrigerio y sustento
Á la flaqueza buscar.

Era el adusto verano;
Ardiente el sol como fragua,
En cenagoso pantano
Convertido había el agua
Allí estancada, y los peces,
Los animales inmundos
Que aquel bañado habitaban,
Muertos el aire infestaban,
Ó entre las impuras heces
Aparecían á veces
Boqueando moribundos,
Como del cielo implorando
Agua y aire: aquí se vía
Al voraz cuervo, tragando
Lo más asqueroso y vil:
Allí la blanca cigüeña
El pescuezo corvo alzando,
En su largo pico enseña
El tronco de algún reptil;
Más allá se ve el carancho,
Que jamás pieza desdeña,
Con pico en forma de gancho,
De la expirante alimaña
Zajar la fétida entraña:
Y en aquel páramo yerto,
Donde á buscar, como á puerto,
Refrigerio, van errantes
Brián y María anhelantes,
Sólo divisan sus ojos,
Feos, inmundos despojos